

Una visita inesperada

Estábamos toda la familia reunida: los dos chicos, la niña y el matrimonio. El timbre repiqueteó alegremente y el chico menor fué a abrir la puerta.

—Madre, hay un señor.

Mi mujer, ni corto ni perezoso, cogió el monedero y fué a ver quien venía a cobrar. Porque mi hogar es una casa de pocas visitas, y, generalmente, cuando todos estamos en casa y resuena el timbre, instintivamente miramos el calendario y casi adivinamos que tenemos que satisfacer el importe del alquiler del piso, o el de la Escuela de Música, Policlínica, Compañía eléctrica o el del colegio de los dos hijos más pequeños y etc., etc. y etc. Pero esta vez la voz de mi mujer se dejó sentir cariñosamente:

—Leoncio del alma, tienes visita.

Estas palabras de mi costilla, destinadas a quedar bien ante el visitante, a la par que me dejaron estupefacto, dejaron bien sentado que no teníamos que enfrentarnos con un cobrador que hubiera olvidado *su hora*.

Mi sorpresa fué mayúscula. Allí estaba el mismísimo D. Pepe, con cara radiante y tendiéndome la mano para estrechar la mía, cosa que hizo con un vigor que parecía se encontrase en plena primera juventud.

—Diantre, D. Pepe, su visita es tan inesperada como agradable. ¿Cómo le fué aquello de su famosa reunión familiar?

—Vengo rebotante de felicidad y optimismo. La reunión familiar que me daba tanto miedo, me ha rejuvenecido y he llegado a la conclusión de que no hay en el mundo cosa mejor que una familia bien unida por los lazos del cariño y de la comprensión.

—Bien dice aquel refrán que «nadie es profeta en su tierra»...

—Tiene V. razón, D. Leoncio. Los chicos, que era lo que me daba miedo de la dichosa reunión familiar, son los que me proporcionaron una de las mayores satisfacciones de mi vida.

—Cuenta, cuenta.

—Pues verá. Al llegar el tren a la estación de Manresa, los hijos de mis hermanos y de mis hermanos políticos se abalanzaron sobre mí, disputándose mis abrazos y armando un jaleo de mil demonios con los gritos de: «¡Tío Pepe, tío Pepe!» Debo advertirle que

mis sobrinos traían la compañía de sus amiguitos, por lo que parecía que la estación aquel día estaba invadida por un numeroso grupo escolar.

—Todo esto está muy bien, D. Pepe, pero... ¿no tenemos nada de música hoy?

—No sea impaciente, D. Leoncio. Ella, a su debido tiempo, hizo su aparición en la reunión familiar. Y ya que muestra deseos de llegar pronto al objetivo —la música— pasaremos por alto muchos detalles de la fiesta, y, por tanto, nos encontramos en el momento de los postres del banquete familiar.

—¿...?

—Por lo visto yo era el héroe de la fiesta y me colmaron de atenciones. Tengo un cuñado que es pianista y compositor y adiestró a mis sobrinos que estudian música con el refuerzo de unos amigos de estos últimos, enseñándoles diversas composiciones de música moderna y dirigiéndoles él mismo. De manera que me obsequiaron con un concierto completo.

—¿Y lo interpretaron bien?

—Hombre, D. Leoncio no podemos engañarnos. Son chiquillos de 13 a 14 años. Algunos sabían donde iban y otros a lo mejor daban un trapiés. Ya sabe V. que me gusta tomar un poco el pelo al prójimo, pero en esta

ocasión no podía corresponder a tantas atenciones con algunas de mis pullas.

—Claro.

—Además que alguno de ellos demostró tener madera de «as» de la música y no era cuestión de desmoralizarles. Crea que a pesar de todas las *pequeñas cosas* que oí durante el concierto quedé completamente satisfecho.

—¿Final, D. Pepe?

—Espere un momento. Para terminar me dieron la gran sorpresa: un coro infantil de sobrinos y amigos cantaron con exquisito gusto «Rosa de bardissa», ya que mi hermana, la esposa del compositor, sabía la profunda impresión que me había causado esta composición en la película «Vuelan mis canciones», de grata memoria para mí.

—Vaya, vaya, una fiesta completa. Pues le felicito y hasta otra, ya que mi mujer, con mansedumbre fingida que no se aviene con su carácter, está a punto de decir:

—Leoncio del alma, que se hace tarde.

LEONCIO GAITA

Nota de D. Pepe y D. Leoncio:

Hemos recibido una carta de un tal Octavio, en la cual el firmante se permite ciertas críticas a la labor que desarrollamos en la *Publicación CLUB DE RITMO*. Aceptamos la crítica, pero nos reservamos el derecho de contestar.

Por tanto recomendamos a nuestros lectores no dejen de leer en el próximo número el artículo

Un tercero en discordia

que publicaremos salvo la opinión en contra del cesto de los papeles.

Socio: Lee CLUB DE RITMO

¿Un buen regalo?...

Skin

GRANOLLERS

AGENCIA OFICIAL



El mejor sello
de goma

Librería

Carbó

OBJETOS DE ESCRITORIO

